

LA HISTORIOGRAFIA LEJOS DE LA CIUDAD: EL IMPERIO ROMANO DESDE EL RETIRO MONASTICO DE ZONARAS

Javier FACI
Facultad de Letras de Tarragona
Domingo PLACIDO
Universidad Complutense de Madrid

Son muy escasos y poco precisos los datos que nos son conocidos sobre la vida y actividades de Juan Zonaras, las obras generales de historia bizantina apenas lo mencionan y solamente la gran *Historia de la Literatura bizantina* de Krumbacher hace una breve semblanza suya. No cabe duda de que la importancia de su obra había merecido un mejor conocimiento de su vida.

Parece seguro que ésta transcurre desde finales del siglo XI hasta una fecha indeterminada del XII, ya que debió de morir en la primera década del reinado de Manuel I Comneno, que heredó el trono a la muerte de su padre Juan II, en 1143. Sin embargo, no se lo puede considerar, bajo ningún aspecto, un intelectual o historiador de la época Comneno, sino que más bien cerraría la época anterior, la de la gran crisis del imperio posterior a la extinción de la dinastía macedónica.

Sabemos por ciertos datos que desempeñó algunos cargos de primera importancia en la administración bizantina: fue *mezas droungarios*, o jefe de la guardia imperial, y también *protasecretis*, o canciller de la cancillería privada del emperador, cargo éste de tipo administrativo que, curiosamente, es el mismo que había desempeñado Focio, previamente a su acceso al patriarcado dos siglos y medio antes. Desconocemos en qué circunstancias abandonó esta carrera administrativa y se retiró a un monasterio, retiro en el que escribió su historia. Este monasterio es el de *Hagia Glykeria*, aunque algunos hablan del monte Atos. En algún momento afirma que se decidió a escribir su *Crónica* apremiado por la insistencia de algunos amigos de la capital, lo que puede ser un simple recurso retórico, pero muestra una vinculación con los círculos de poder, y puede hacer pensar en un retiro "estético", como el que había protagonizado su gran antecesor Miguel Pselos en el Olimpo de Bitinia y que no era raro entre elevados funcionarios imperiales.

La *Epitomè Historiôn* de Juan Zonaras se escribió en una fecha desconocida, pero como *terminus post quem* seguro tenemos el de 1118, año de la muerte de Alejo I Comneno, con que termina la obra. Por algunos datos aislados, parece que fue algo después de este acontecimiento cuando Zonaras comenzó la redacción de su compendio, ya en su retiro monástico.

Se trata de una *Crónica* universal, que abarca desde la creación del mundo (lo que nos sitúa ya en una determinada tradición) hasta la muerte de Alejo Comneno, en el citado año 1118. Se distingue por la gran riqueza del material manejado, algunos de ellos ya perdidos, lo que confiere a la obra una mayor significación. Esta riqueza de fuentes y el adecuado empleo que Zonaras hace de las mismas individualizan a este autor en contraste con un mayor primitivismo de otras obras del mismo género, como las de Malalas o Teófanos. Elementos característicos, aparte del citado, son su independencia de criterio, que lo lleva a emitir frecuentemente juicios personales y tomas de postura, y la elegancia de su estilo, a veces incluso algo artificiosa, que lo aleja claramente de los vulgarismos de otros cronistas como Teófanos y, aún más, de Constantino VII, que había introducido expresiones del "demótico" en sus narraciones. Zonaras, por el contrario, parece obsesionado por la pureza clásica de la lengua y escribe un griego, hasta cierto punto, anacrónico.

Hay que destacar, entre sus fuentes, las siguientes: el Antiguo Testamento, del que era buen conocedor, así como Eusebio de Cesarea (éste muy seguido, tanto la *Historia Eclesiástica* como la *Crónica*), para las partes más antiguas. La historia romana se apoya casi exclusivamente en Plutarco y, sobre todo, en Dión Casio, del que toma aproximadamente una cuarta parte de su obra, en forma de *excerpta*, muy habituales en la literatura e historiografía bizantinas, como ya había hecho un cronista algo anterior a Zonaras, Xifilino, sobrino del patriarca del mismo nombre amigo de Pselos. También conocía muy bien a Flavio Josefo, al que, en ocasiones, sigue bastante de cerca. Otra fuente muy empleada es la *Historia Eclesiástica* de Teodoreto de Ciro. Para la historia bizantina hasta el siglo IX utiliza principalmente a Teófanos (monje estudita que escribe su *Crónica* hacia el 813), mientras que para la historia posterior sigue fundamentalmente a Skilitzes y a Pselos.

El mismo título de la obra de Zonaras (*Epitomè Historiôn*) le confiere una cierta originalidad, ya que mezcla los nombres que designan dos géneros diferentes de la historiografía bizantina. En efecto, la tradición histórica de origen clásico (*Historia*) perduró en Bizancio, aunque con intervalos. Este género, que apenas se distinguía de la literatura general, intentaba seguir los modelos clásicos, se solía escribir en lengua culta y con aspiraciones aticistas y no parecía contagiado de influencia cristiana. Procopio de Cesarea, de Palestina, el gran historiador de la época de Justiniano, había sido el modelo más acabado de este género, tanto por su elegancia como por su talento personal y una cierta voluntad de objetividad que lo convirtieron en el último "tucidídeo". Al margen

de algunas obras menores, se puede afirmar que este género desaparece de Bizancio hasta el siglo X, en el momento del renacimiento macedónico. El emperador Constantino VII Porfirogénito (913-959) fue, en cierto modo, su reanudador. Su *Vita Basilii*, biografía de su abuelo Basilio I y que forma el quinto libro del llamado *Teophanes continuatus*, sería el primer intento de este tipo, aunque curiosamente, debido a la evolución lingüística y el material manejado, desliza, en ésta y en otras de sus obras, expresiones de lengua popular del griego hablado en ese momento y que hicieron que algunos historiadores como Schlumberger (*L'épopée byzantine*), lo tildase de pésimo escritor. Este género culto y clasicista culmina, sin duda, con la *Chronographia* de Miguel Pselos, que cubre el período 976-1077, y que no se destaca por su objetividad, sino por su extremada calidad literaria, no exenta de cierta retórica.

El otro género, la *Chronica* o *Epitomé*, es de características muy diferentes. Su origen es muy antiguo, pero se trata del género histórico-literario *más específicamente cristiano*, y ello por varias razones. No solamente es un género más popular, de divulgación, con frecuentes planteamientos apologéticos y moralistas, sino que además introduce un nuevo esquema cronológico que se remonta casi siempre a la creación, que se configura de esta forma como el momento inicial de la historia humana. Este género cronístico fue muy importante en Bizancio y, como puede imaginarse, varió grandemente en cuanto a calidad y precisión. Partiendo de este modelo, que había impulsado Eusebio en su *Crónica*, quizás el primer *cronista específicamente bizantino* haya sido Juan Malalas, en el siglo VI. El siguiente nombre que destaca es el del monje Teófanos, cuya *Crónica* acaba en 813, ardiente inconnodulo, fanático enemigo de los emperadores isáuricos y hombre de poco talento, pero que fue extremadamente leído, tanto por su sencillez como por la exhaustividad de sus datos. Zonaras se sitúa en cierto modo a caballo entre las dos tradiciones (aunque no es el único), ya que por su planteamiento cronológico y empleo de las fuentes es un cronista, pero su obsesión por el empleo de la lengua culta, de corte ático, lo convierte en "historiador".

A pesar de todo, es útil la comparación de la obra de Zonaras con la de su rigurosa contemporánea, Ana Comneno, *La Alexiada*. En este caso estamos ante una típica obra de *Historia*, con el empleo de todos los tópicos retóricos "clásicos", con constantes referencias a Homero y con la técnica de retratos de personajes típica de la historiografía clásica. A pesar de sus abundantes imprecisiones y de sus juicios, siempre "hagiográficos", de la figura de su padre, se trata de una de las cumbres de la literatura bizantina.

El Imperio estaba en uno de los peores momentos de su historia desde la batalla de Manzikert (1071), que había coincidido exactamente con la conquista de Bari por Roberto Guiscardo, con lo que los normandos acababan la conquista de la Italia bizantina. Manzikert, donde Alp Arslan, sultán turco, había destrozado las tropas bizantinas y hecho prisionero al emperador Romano IV Diógenes, había

mostrado la fragilidad que se escondía detrás de la aparente prosperidad y salud de un imperio en época expansiva. Se trataba de la derrota de todo un sistema militar, el aparato temático ya fenecido y sustituido de nuevo por el viejo procedimiento de la recluta de *tagmata* de mercenarios. A partir de esta fecha, los turcos se habían desparramado por toda Asia Menor, creando unidades políticas más o menos estables: lo será el Sultanato de Iconium (Choniah) o de Roum, algunas fundaciones de turcos seminómadas, los conocidos "danishmend", y lo serán menos el sultanato de Esmirna o de Nicea. Pero los turcos habían llegado hasta las mismas puertas de Constantinopla.

Por su flanco occidental, descuidado desde hacía tiempo, aparecía una amenaza tan grande o, si se lee *La Alexiada*, vista como aún mayor por los bizantinos: nos referimos a los normandos, y en concreto a ese terrible caudillo militar que fue Roberto Guiscardo, el mayor enemigo del Imperio hasta su muerte en 1085. Los normandos continuaron su dinámica expansiva, una vez culminada la conquista de Italia, cuando cruzaron el Adriático y se apoderaron del Epiro y, con la conquista de Dirraquio, amenazaron la vía Egnatia de Dirraquio a Tesalónica, principal comunicación militar y comercial de Bizancio con occidente.

La llegada al poder de Alejo I Comneno en 1081 significaba el triunfo definitivo de la nobleza militar asiática, de lo que se podría calificar de *nobleza feudal*, frente a la aristocracia civil. Era el triunfo de las fuerzas feudales, ya que Alejo había establecido una alianza con la familia Ducas, la principal representante del otro grupo nobiliario. Su largo reinado (1081-1118) es uno de los esfuerzos más titánicos y valerosos jamás llevados a cabo para restablecer una situación. Lo consiguió parcialmente, pero a un precio muy caro y, sobre todo, el nuevo imperio de los Comnenos ya no tenía mucho que ver con la estructura tradicional. Había perdido el dominio del mar en beneficio de las repúblicas italianas y se trataba de un imperio rigurosamente continental y de *corte feudal*.

Alejo era un hombre de una habilidad diplomática extraordinaria, que supo recurrir mejor que nadie al viejo sistema bizantino de enfrentar entre sí a los diferentes enemigos del imperio y sólo intervenir militarmente cuando la victoria era segura o probable. Así lo hizo con pechenegos y cumanos, y consiguió la aniquilación de ambos; también enfrentó Venecia a los normandos, para frenar los afanes imperialistas de éstos, pero cayó en brazos de la república veneciana que se convirtió en la monopolizadora del comercio bizantino.

El principal problema de su reinado es, sin duda, la Cruzada occidental, a la que curiosamente Zonaras, que fue testigo de los hechos, dedica muy poco espacio. No tiene sentido seguir discutiendo acerca de la petición de auxilio de Alejo hacia occidente, que parece probable, pero, desde luego, en condiciones distintas de las que tuvo lugar. Los bizantinos esperaban, seguramente, apoyo en mercenarios, pero no un difuso movimiento religioso y menos la presencia de los cruzados pobres de Pedro el Venerable. Es interesante ver cómo Alejo exigió un juramento de fidelidad de los caudillos cruzados, en la mejor tradición feudal occidental, que sólo Raimundo de Tolosa se negó a prestar. La presencia de los

cruzados alivió momentáneamente la presencia turca en Asia Menor, permitió a Bizancio recuperar territorios próximos a la capital, como Nicea, pero creó contenciosos nuevos, como el de Antioquía, que tardarán muchos años en resolverse. Del lado negativo, cabe afirmar que la Cruzada abrió un foso definitivo entre Bizancio y el mundo occidental que no hará sino agrandarse y que culminará con la IV Cruzada y la conquista de Constantinopla por las tropas occidentales y con la creación del Imperio Latino de Oriente. Incluso un emperador tan "occidentalista" como Manuel I (1143-1168) no verá con simpatía la acción de Luis VII y Conrado III en la II Cruzada.

Bizancio, con los tres primeros Comnenos, conseguiría recuperar una parte sustancial de sus territorios perdidos en oriente, había frenado el expansionismo normando en occidente, pero se encuentra con un imperio frágil, poco unido y con unas disensiones políticas de corte separatista que no son sino el reflejo de los avances feudales.

Indudablemente, el período Comneno es la época del triunfo definitivo del feudalismo bizantino, con sus peculiaridades y particularismos, pero con una estructura perfectamente comparable a la occidental. Incluso en las formas institucionales, con Manuel I se produce un acercamiento palpable a los aspectos exteriores del feudalismo occidental. El avance de las fuerzas feudales en Bizancio era ya muy antiguo y se había manifestado en el siglo XI, con el enfrentamiento de los que Pselos había llamado *ta stratiotiká* y *ta politiká*, un choque entre una nobleza militar oriental, y otra "de robe", más occidental. Se había quebrado el aparato militar anterior, la organización administrativa temática (se seguirá hablando de *thémata* en el siglo XII, pero se trata de meras palabras), y asimismo la vieja estructura social. Sin embargo, todavía obras recientes como el libro de Kazhdan-Epstein (*Changes in Byzantine Culture in the XIth. and XIIth. Centuries*, Berkeley 1985) mantienen que no hay que confundir esta feudalización con una decadencia total, sino que Kazhdan ve incluso una cierta reactivación económica y de la vida urbana en la época de los Comnenos. Parece sensato no confundir feudalización con decadencia, aunque la contradicción bizantina radica en seguir queriendo ser una potencia mundial.

Indudablemente, Bizancio ha perdido su hegemonía comercial en el Mediterráneo, su capacidad exportadora y, por tanto, su estabilidad monetaria (el *nómisma* comneno tiene un valor aproximado de 1/3 del viejo *nómisma* anterior). Su economía agraria se basa en un campesinado mayoritariamente en dependencia (*paroikía*, los *parecos* de los occidentales), pero con la peculiaridad respecto a occidente de que mantiene o acrecienta la presión fiscal del estado. Se podría decir que el estado obtiene cierto excedente mediante los impuestos en una forma de "renta fiscal". Como este excedente es cada vez menor, el estado obtiene cada vez menos tributos reales, que se alejan así de los teóricos, y puede mantener en menor medida un aparato público.

Las formas feudales de la nobleza se multiplican. La *prónoia* aparecida anteriormente se convierte en algo generalizado. Se trata de una concesión de un

bien público a un particular, en principio de forma temporal y revocable, a cambio de un servicio militar. Los occidentales lo vieron, con razón, como algo muy parecido a un feudo. Ya en el siglo XII, las *prónoiai* son vitalicias y se convierten casi siempre en hereditarias. Igualmente, se generaliza la concesión de bienes de la iglesia, *kharistíkiá* o *kharistikáí*, en manos de la nobleza militar. Es razonable, en estas condiciones, que la nobleza feudal perdiera poco a poco su sentido de estado, evolucionase hacia un sentido patrimonial de lo público y fueran apareciendo núcleos separatistas, como lo serán, en un futuro muy próximo, el Epiro y Trebizonda.

Es curioso ver que, en medio de esta crisis, concebida en el sentido más puramente etimológico, el emperador bizantino en ningún momento perdiese su sentido universalista y su aspiración y convicción de ser el máximo poder del mundo. Incluso podría afirmarse que la *ideología imperial universalista* se acrecienta en el siglo XII. Es muy interesante, en este sentido, la correspondencia entre Manuel I y el Papa Alejandro III, donde le ofrecía una especie de reparto total de poderes, en que sería el emperador bizantino la máxima autoridad terrenal y el obispo romano la primera autoridad espiritual de una especie de *cosmos* unificado. No sabemos cómo hubiera acogido la iglesia y el pueblo griegos, o Federico Barbarroja, esta presentación, pero probablemente muy mal.

Sigue habiendo intentos por llegar a la unión de las iglesias, pero dan la impresión de haber sido retóricos y oficialistas, ya que el foso real y popular era insalvable y el odio y resentimiento de la iglesia y del pueblo, ambos profundamente identificados, hacia todo lo latino era enorme. Es también interesante ver el contraste entre la política prooccidental de Manuel I y la visión que su secretario Cinnamo nos deja en su Crónica. Son dos mundos absolutamente antitéticos. El "patriotismo bizantino" de que habla H. Ahrweiler había triunfado definitivamente.

La figura de Zonaras como historiador del mundo romano es el resultado de una serie de factores que abarcan desde lo más particular y preciso hasta los derivados de las condiciones históricas generales de su época. En este último aspecto, la estructuración de un mundo feudal tiende a crear mecanismos ideológicos estrictos y monolíticos donde es difícil encajar las contradicciones y ambigüedades propias de la historiografía antigua que servía de base a su propia narración. En este otro aspecto, en el de las fuentes utilizadas, hay que tener en cuenta que el epitomista bizantino utilizaba principalmente a Dión Casio, escritor que, a partir de su propia biografía y capacidad de percepción de la realidad compleja que lo rodeaba, compuso una historia romana caracterizada por la utilización de métodos aptos para comprender la naturaleza no monolítica de la evolución de las sociedades humanas. Los libros VII al IX, desde Eneas al año 146, parece evidente que resumen los primeros veintitún libros de Dión. Luego, en cambio, hay un período en blanco, correspondiente a los libros XXII-XXXV del bitinio, que no fueron accesibles a su epitomista. Pero, más tarde, por lo

menos hasta el libro LXVII, correspondiente a la muerte de Diocleciano, a partir del LXI, se considera que puede reconstruirse gracias a Zonaras junto con Xifilino, aunque aquél utilizara además otras fuentes. Por otra parte, desde el año 44 a. C., las coincidencias entre Dión y Zonaras son múltiples, y constituyen el período de mayor utilidad para comprender cuál era el método que seguía este último, y qué es lo que le interesaba y de qué es de lo que, en cambio, prescindía.

Cuando llega al año 146, Zonaras (IX, 31) se disculpa por no haber podido seguir el estudio de la transición del final de la república y de tener que pasar directamente a la autarquía desde la aristocracia o democracia. De este modo, quedan identificados dos conceptos que en la obra de Dión también se encuentran unidos, pero de modo más complejo, cuando se trata de defender que la forma monárquica instaurada por Augusto representa una especie de síntesis de los aspectos positivos de ambas formaciones políticosociales. Dión ha necesitado hacer uso de un debate ideológico entre Mecenas y Agripa para poder definir la nueva situación y para poder defender que, al mismo tiempo, la forma autárquica del gobierno de Augusto incorporaba por igual aristocracia y democracia. Dión vive un período en que permanece rico el debate ideológico sobre la relación entre poder personal, tradición democrática e intereses de las oligarquías, que lo llevan a la redacción de una historia romana alejada de todo dogmatismo y pletórica de reflexiones sutiles. Zonaras, desde su tiempo, se ve obligado a simplificar, y lo que era un haz de sutilezas se convierte en simple contradicción. Lo que Zonaras lamenta es el hecho de no poder continuar con *tà prágmata* de cónsules y dictadores y de tener que dedicarse a los emperadores. Su preocupación no está, desde luego, en el proceso complejo que llevó de la república al principado, ni en las pretensiones de todos los aspirantes al poder personal de convertirse en los salvadores de la república, ni en cómo se reestructuraron los mecanismos ideológicos tradicionales para adecuarse a las nuevas formaciones sociales y políticas.

Pero, además, por otro lado, el propio Zonaras se aparta de la vida política cuando se va a dedicar a la redacción de su epítome. Así, él mismo justifica el salto cronológico en la falta de datos debida al hecho de encontrarse "lejos de la ciudad" (πóρω του ἄστεως). Este factor constituyó seguramente un elemento adicional de índole personal que lo llevará a distanciarse de las dificultades objetivas de la realidad política y social. Con ello, al momento histórico feudalizante se sumaba su propia biografía como condición para dejar de entender los rasgos más complejos de la Historia Romana de Dión. Desde luego, y en relación directa con su propio retiro de la ciudad, aunque también, de un modo más general, con la falta de protagonismo político que ésta posee en la época que le tocó vivir, Zonaras no puede comprender la capacidad de decisión que, incluso en período autocrático, poseyó en la antigüedad clásica, aunque el protagonismo se hubiera visto ya muy reducido en época de Dión a parcelas extremadamente limitadas de la vida local, como ponen de manifiesto los *Consejos políticos* de Plutarco. Pero aquí mismo se muestra cómo el tema era

todavía objeto de debate en época imperial romana y se comprendía que, en determinadas circunstancias, hubiera existido un Pericles condicionado por la opinión de la ciudad. También Dión podía comprenderlo y sabía que, cuando se llegó a los pactos entre Antonio y Octavio, se produjo una reacción suspicaz entre los habitantes de la ciudad (οἱ ἐν τῇ ἄστει) (XLVI, 42,1), expresión que Zonaras, cuando resume el texto dioneo referido a estos acontecimientos, cambia por οἱ ἐν τέλει, las autoridades. No cabía en sus presupuestos que los que para Dión desempeñaban un papel en los acontecimientos políticos fueran los ciudadanos y redujo el protagonismo a los notables que ejercieran cargos públicos.

En su narración de lo que es propiamente historia de Roma, no hay casi ninguna referencia directa a su propia época. Una de las pocas significativas se hace a propósito de Antonio, cuando éste adopta, según Dión, actitudes bárbaras. Para Zonaras, si Antonio fue víctima de acusaciones por este motivo, habría que acusar con mayor justificación a los actuales reyes romanos, que no una vez, sino constantemente, usan vestimentas bárbaras (X, 28), contra lo propio de la patria. Lo que en Antonio era orientalizante, en Zonaras era probablemente alusión al occidentalismo de Manuel I. Junto al alejamiento físico de la ciudad, Zonaras experimenta también un alejamiento psíquico hacia el pasado que le impide ver las transformaciones del presente.

Uno de los aspectos formales que más llama la atención cuando se leen de modo paralelo la obra de Dión Casio y la de Zonaras es la constatación de que en éste faltan totalmente los discursos, tan frecuentes en el primero, y que se sustituyen por afirmaciones más bien banales. Lo importante es que dicho aspecto formal no es sólo tal, sino que denota una diferencia de fondo en la concepción historiográfica. Dión recoge una tradición clásica que se remonta, en sus aspectos fundamentales, a Tucídides, donde servía para reflejar las contradicciones de las ciudades y de las sociedades del mundo de la polis en la época crítica de la guerra del Peloponeso. En Dión, con grandes diferencias, se conserva el espíritu contenido en este método, pues gracias a él se manifiesta la rica realidad contradictoria en que vive la clase dominante de su tiempo y se hace del proceso histórico un campo de acción de las dificultades de los tránsitos sociales. El debate con método histórico deja de tener sentido en una época donde tampoco cabe el debate político real. Si su mayor coherencia hay que situarla en época de Tucídides, que no en vano es su máximo representante, todavía en el imperio la sofística, con todas sus limitaciones, desempeña un papel en la vida de las comunidades urbanas, sobre todo en el mundo griego, y constituye por tanto un método adecuado para reflejar la realidad, al menos a escala teórica. A Dión todavía le es de gran utilidad para exponer las contradicciones y ambigüedades de la realidad, y hacer así sus propias reflexiones cuando las situaciones no permiten afirmaciones tajantes, del mismo modo que para resaltar las dobles intenciones y aspectos variados que puede haber detrás de las actuaciones humanas.

Junto a esta omisión, de carácter formal, otro aspecto que también destaca en la

lectura de Zonaras es la omisión de la mayoría de las reflexiones que se hace el propio Dión a propósito de los acontecimientos o de las actitudes de sus personajes. Aquél no entiende, o no le interesan, las frecuentes consideraciones de éste acerca del cambio, y de la τύχη, capaz de transformar la situación en su contraria, y de mostrarse, con ello, todopoderosa (VIII, 36, 22), cuando tuvo lugar el desenlace de la guerra samnita. La aparente estabilidad le oculta el cambio que para Dión es fundamental en toda su obra, aunque su incapacidad para observar las causas lo lleva a atribuir las a la fuerza ciega del azar. Esto lo conduce a la consideración de los cambios como peligrosos, a propósito de la caída de los Tarquinius (III, 12, 3a), tanto para el individuo como para la ciudad, y de que los hombres sensatos prefieren permanecer a cambiar. Con motivo de los episodios de Aníbal en Italia, Dión (XIV, fr. 57,8) expresa los temores romanos de que voluntariamente o por la fuerza se pasaran a aquél las poblaciones, índice de su conciencia de la inestabilidad interna de las ciudades en la guerra, lo que escapa al interés de Zonaras (VIII, 25), reflejo probable de su concepción estática de la sociedad. También la propuesta de paz cartaginesa provocó, según Dión (XVII, fr. 57, 74) la disputa interna entre los romanos, sin que se produjera ningún eco en el monje bizantino.

Tampoco encuentran eco en Zonaras las consideraciones del historiador bitinio sobre el valor del cálculo (*logismós*), lo que es especialmente significativo dado el carácter ambiguo que éste posee en su obra. Por un lado (XI, 43, 13), sucede que los que temen como resultado del cálculo triunfan al ser capaces de tomar precauciones, y poco más tarde (XI, 43, 15), juzga que la falta de cálculo o razonamiento produce el temor irracional, mientras que el cálculo produce una opinión firme y esperanza digna de confianza. Y en otra ocasión, inmediatamente después (XI, 43, 17), proclama las ventajas de la inexperiencia y de la actuación irracional, cuando el exceso de reflexión puede paralizar la acción de los hombres. No existe en Dión un esquema mental rígido, sino consideraciones sobre cada caso, reflexiones sobre la realidad concreta, alejadas de todo dogmatismo.

Cuando Pirro consigue la victoria y algunos de los neutrales de Italia se pasan a sus filas, Zonaras (VIII, 3) se limita a constatar el hecho de que les proporcionó botín a pesar de que a sus ojos no eran dignos de honra, en cambio, Dión (IX, 40, 21-22) expone sus vacilaciones y temores entre acogerlos y rechazarlos, pues temía que si se mostraba excesivamente irritado podía provocar una reacción negativa y, en cambio, si los aceptaba sin más podían pensar que él no había comprendido lo que habían hecho. Sin duda, se encuentra en mejores condiciones que Zonaras para comprender y reflejar las vacilaciones y dudas de que puede ser víctima quien ejerce el poder. En esta línea se sitúan también las reflexiones de Dión (X, 40, 46) sobre la actuación de Pirro con sus súbditos, de la que Zonaras sólo menciona el hecho de que expulsó y mató a algunos de ellos (VIII, 5), mientras que Dión muestra sus temores basados en que podían pensar que les debía su ascenso al poder y que igualmente podían apoyar a otro con el mismo fin.

Son reflexiones provocadas por el ambiente imperial, aunque también basadas en el mundo helenístico, pero más difíciles de explicitar en la corte bizantina.

También faltan en Zonaras las referencias al mundo de la esclavitud y la libertad, o al imperio, de raíz tucidídea, por ejemplo, al tratar el tema de cartagineses y romanos, que luchaban καὶ περὶ δουλείας καὶ περὶ ἀρχῆς (XI, 43, 16), en una antítesis similar a la utilizada por Tucídides para referirse a las necesidades de lucha del imperio ateniense, del mismo modo que Aníbal (XIV, 57, 4) plantea a sus soldados la guerra como una lucha entre esclavitud y libertad. También de raíz tucidídea resulta la idea (XII, 46, 2) no reflejada en Zonaras (VIII, 23), de que cualquiera de los dos contendientes estaba dispuesto a romper los pactos por propia conveniencia, pues los pactos duran sólo mientras convienen.

En otro orden de cosas, Zonaras (VIII, 26) hace constar que Fabio se había hecho sospechoso porque Aníbal no había devastado sus campos, mientras que Dión introduce en este episodio la duda (XIV, fr. 57, 15) y la ambigüedad cuando ofrece la alternativa de que Aníbal había actuado así o bien porque realmente le era favorable o bien para hacerlo sospechoso ante sus compatriotas. La capacidad de ofrecer un mundo más rico de tradición sofística queda anulada en la redacción de Zonaras. Es también interesante la constatación de que el bizantino no recoge las preocupaciones de Dión sobre los generales victoriosos o derrotados, y la trascendencia que esto tiene para su aceptación pública, tanto con el ejemplo de Aníbal, cuando está a punto de ser condenado por los cartagineses (XI, 43, 18), como en las luchas civiles (XLVI, 34, 5), en que revela su pensamiento de que los derrotados serían llamados enemigos de la patria.

Como es natural, Dión, que vivió en tiempos de los Severos y que participó en la vida pública por lo menos desde la época de Cómodo, se siente especialmente preocupado por las características del poder personal y de sus relaciones con la oligarquía. En definitiva, a escala de ámbitos de poder, el imperio romano es la historia de la colaboración y conflicto entre ambos mundos. Dión traslada el problema a toda la historia de Roma desde sus inicios. No es sorprendente que para Zonaras se trate de reflexiones o consideraciones más o menos superfluas, mientras que para Dión es precisamente el objeto de los debates retóricos, que tan importante papel desempeñan para exponer las condiciones generales en que se mueve la historia de manera contradictoria y como resultado de fuerzas contrapuestas. A Zonaras no le interesa la declaración de Postumio de que él es el jefe (ἄρχειν) del senado y no al revés (VIII, 36, 32), ni las consideraciones sobre el secreto de las decisiones públicas (XII, 43, 25), que forman parte de la teoría de Dión sobre las ventajas del poder personal, ni la alabanza de Fabio (XIV, 57, 21) porque le importaba más la ciudad que el hecho mismo de ser el único que mandaba, pues son problemas que pertenecen al mundo del imperio romano, que tocan a las posibilidades de que existe un emperador integrado en la comunidad y puesto a su servicio. Mientras Zonaras se limita a citar las acciones de Marcelo (IX, 2), en Dión (XV, fr. 57, 31) se relatan sus virtudes, ἀνδρεία, σωφροσύνη,

δικαιοσύνη, su falta de rigor con los súbditos a quienes no exigía que fuesen como él. Es lo que se pide de un emperador por los círculos de que formaba parte el historiador. También en la figura de Escipión se nota cuáles son sus preocupaciones, ante alguien que por un lado se presenta como descendiente de Zeus, identificado con la serpiente que se unió a su madre, y en quien muchos pusieron sus esperanzas (XV, fr. 57, 39), pero que despertaba sospechas como peligroso de pretender la tiranía (XVIII, fr. 57, 55), unido ello a la respuesta de César de que sólo Zeus era rey de los romanos (XLV, 11, 2). Difícilmente podía asumirse tal afirmación cuando la monarquía se acepta por su propio nombre, hasta el punto de que, cuando Dión (LII, 41, 4) explica *autokrátor* diciendo que significa τὸ κράτος, Zonaras (X, 32) lo traslada como τὸ βασίλειον y naturalmente no dice que los romanos odian la palabra monarquía, como hace Dión (LIII, 17, 2).

Zonaras soslaya todas las contradicciones del senado ante el poder personal que caracterizan la historia dionea, donde exalta y teme al emperador, lo encumbra y lo destruye cuando cae. Pero, sobre todo, evita los grandes debates que reflejan la compleja realidad de la época severiana, pero también las raíces de la misma en el pasado romano, como el debate entre Cicerón y Caleno sobre democracia como resultado del poder personal en colaboración con el senado, y *dynasteía* como producto de la guerra que provoca la esclavización ante el vencedor, las contradicciones de quienes apoyan un poder y luego se ven oprimidos por él; o el debate de Agripa y Mecenas, que en Zonaras queda resumido con una frase: si tú no tomas el poder, otro va a hacer lo que tú empezaste, dirigida por Mecenas a Augusto (X, 32); ni el diálogo entre Augusto y Livia sobre poder y clemencia, ni tampoco el discurso de Tiberio en que Augusto aparece como síntesis entre monarquía y democracia.

Zonaras vive, desde luego, una época histórica bien diferente a la que le tocó vivir a Dión Casio, para quien, a pesar del autocratismo imperial, era posible percibir las contradicciones de sus propios colegas senatoriales y el conflicto entre poder personal y oligarquías. Además, aquél estuvo tal vez demasiado cerca del poder y luego se apartó a la vida retirada, lejos de la ciudad, lo que le impidió documentalmente rellenar algunos períodos de su epítome, y posiblemente también le impidió entrar en contacto con los problemas reales de la sociedad. Por otra parte, tal realidad debía de presentársele de forma monolítica, y por ello no fue capaz de percibir las contradicciones del pasado. Cuando trata de las guerras civiles que condujeron a la fundación del imperio, Dión (XLVI, 35, 1) expone un programa metodológico consistente en buscar la relación entre los hechos y los razonamientos. En líneas generales, por su personalidad, por su biografía o las condiciones históricas en que vive, Zonaras, al hacer el resumen de la Historia Romana de Dión Casio, conserva los hechos y prescinde de los razonamientos. A través de su obra tal vez puedan reconstruirse los hechos escuetos narrados por Dión, pero nunca sus reflexiones ni, por tanto, su pensamiento histórico ni los reflejos que su experiencia presente creaban como

reacción ante los acontecimientos del pasado.

Se puede afirmar, como conclusión, que no es casual la preferencia, tanto de Zonaras, como anteriormente, de Xifilino, por Dión Casio. Se trata de dos generaciones de historiadores típicos de época de crisis. Dión vive los inicios de la crisis del Imperio Romano y Zonaras las transformaciones que harán del imperio bizantino una potencia de segundo orden. En ambos momentos (época de los Severos y de los Comnenos), se asiste a una suma de circunstancias parecidas: invasiones externas, crisis económica y monetaria y profundos cambios sociales y políticos.

No obstante, a pesar de tales similitudes entre la crisis del mundo clásico y la correspondiente a esta época del imperio bizantino, existen profundas diferencias, que reflejan claramente la Historia Romana de Dión y el Epítome de Zonaras. Así, Dión podía ser más consciente de tales transformaciones de lo que fue Zonaras, en un momento feudalizante, y retirado de la vida política de la ciudad.

Similitudes y diferencias se entrelazan, por tanto, en ambos historiadores. El Dión que Zonaras leyó y comentó quedó impregnado de las propias características de la evolución histórica bizantina. Pero, esta admiración mimética hacia el mundo clásico, visible en Zonaras como en tantos otros escritores bizantinos, no pudo oscurecer la distancia entre dos épocas, tan lejanas en el tiempo pero tan próximas y homologables por tantos conceptos, como ya Gibbon supo apreciar de forma genial.

BIBLIOGRAFIA

- AHRWEILER, H., *L'idéologie politique de l'Empire byzantin*, Paris 1975.
- AHRWEILER, H., *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance*, Londres "Variorum Reprints", 1971.
- ANDREADES, A., "Byzance, paradis du monopole et du privilège", *Byzantion* IX (1934) 178 ss.
- ANTONIADIS-BIBICOU, H. "Démographie, salaires et prix à Byzance au XIe siècle", *Annales*, 27 (1972) 215-246.
- BRATIANU, G.I., *Études byzantins d'histoire économique et sociale*, Paris 1938.
- BRÉHIER, L. *La civilización bizantina*, México 1955.
- BRÉHIER, L. *Las instituciones bizantinas*, México 1965.
- CAHEN, Cl. *Turcobyzantina et Oriens Christianus*, Londres "Variorum Reprints" 1974.
- DIEHL, Ch. *La société byzantine à l'époque des Comnènes*, Paris 1919.
- HUSSEY, J. *Church and Learning in the Byzantine Empire, 867-1185*, Londres 1937.
- KAZHDAN, A.P. - WHARTON EPSTEIN, A. *Change in Byzantine Culture in the 11th. and 12th. Centuries*, Berkeley 1985.
- LEMERLE, P. *Le premier humanisme byzantin*, Paris 1971.
- LEMERLE, P. *Cinq études sur le XIe siècle byzantin*, Paris 1977.
- OSTROGORSKY, G. *Historia del Estado bizantino*, Madrid 1984.
- OSTROGORSKY, G. *Pour l'histoire de la féodalité byzantine*, Bruselas 1954.
- FÉODALISME À BYZANCE, n° 79 de *Recherches Internationales à la lumière du marxisme*, Paris 1974.
- RUNCIMAN, S. *Historia de las Cruzadas*, Madrid 1973, 3 vols.
- RUNCIMAN, S. *Byzantine Civilization*, Londres 1975.
- SCHLUMBERGER, G. *L'épopée byzantine*, Paris 1896-1905, 3 vols.
- VASILIEV, A.A., *Historia del Imperio bizantino*, Barcelona 1946.
- VASILIEV, A.A., "On the question of byzantine feudalism", *Byzantion*, VIII (1933) 591 ss.
- VRYONIS, S. *The Decline of Mediaeval Hellenism in Asia Minor and the Process of Islamization from the Eleventh to the Fifteenth Century*, Berkeley 1986 (2^a ed.).